

Traductor, embajador

Mario Bunge

Según el físico matemático, si no hubieran existido los traductores en la Historia, no habríamos accedido a la cultura universal. Dice que el trabajo profesional pocas veces es respetado por los que lo contratan.

Sin traductores no habría cultura global. Sin ellos, cada literatura quedaría aprisionada en su lengua. Los traductores ponen en libertad a esas prisioneras. Les permiten que viajen de una punta a la otra de la Tierra. Y, a medida, que ellas andan, van enriqueciendo el paisaje cultural.

Si no supiéramos griego antiguo ni dispusiéramos de traducciones, no seríamos capaces de leer a Sófocles ni Aristófanes, a Heródoto ni Tucídides, Platón ni Aristóteles. Gracias a los traductores, los norteamericanos pueden, si quieren, leer a Cervantes, a Goethe y a Dostoievski, y los alemanes leer a Whitman, Lewis y Miller. Si no fuera por los traductores, la obra de Borges no habría salido de la Argentina, la de Kadaré de Albania, la de Saramago de Portugal, la de Amado de Brasil, la de Carey de Australia, ni la de Hoeff de Dinamarca.

Sin traductores, todas las culturas serían nacionales o regionales. No nos interesaría enterarnos de ellas, y adoptaríamos el nacionalismo cultural, que es una forma de abstinencia o aun de suicidio. En efecto, puesto que no hay cultura completa, es preciso enriquecer toda cultura nacional con importaciones.

Si las ventajas del librecambio de mercancías son discutibles, las del intercambio de ideas no lo son. Los automóviles se pueden fabricar tanto en los EE.UU. como en Corea o Brasil: todos los autos se parecen y se manufacturan en serie. En cambio, las obras de arte auténticas son únicas: están fuera de serie y se escriben en una lengua y en un lugar y un tiempo únicos. Se las puede copiar o traducir, pero no reproducir.

Más aún, sin traductores la historia del mundo habría sido bastante diferen-

te. En efecto, el Renacimiento fue posible gracias, en parte, a los traductores islámicos de los clásicos griegos, y a los traductores judíos de la Escuela de Traductores de Toledo, quienes a su vez vertieron esos textos del árabe al latín, la *lingua franca* de Occidente en esa época. Si no fuera por estos traductores, los restos de la cultura antigua que escaparon a las fogatas cristianas se hubieran perdido para siempre, y el Renacimiento florentino se hubiera demorado o no hubiera ocurrido.

Es verdad que las traducciones nunca pueden ser totalmente fieles, sobre todo cuando son sucesivas, como solía ocurrir con las castellanas. (Era común que se leyera a autores alemanes o rusos en malas retraducciones castellanas de dudosas versiones francesas.) Pero este defecto es corregible: una mala traducción puede ser reemplazada por otra mejor.

Aun así, no hay traducción perfecta y única de obras literarias. A diferencia de los textos científicos y técnicos, los literarios expresan emociones, las que cada traductor captará o ignorará a su manera. Por este motivo, una buena traducción de un texto literario es una obra de creación, y, por ende, de amor más que de rutina. Tanto es así, que cualquier texto literario puede traducirse de diferentes maneras: tantas como modos de compenetrarse emocional y conceptualmente con el autor. Y esta compenetración cambia en el curso del tiempo. En particular, la gente de gusto estragado por exceso de violencia televisiva no se emociona fácilmente por dramas ni tragedias en pequeña escala.

Traducir se parece un poco a ejecutar música. Quien sabe leer la par-

titura y tocar un instrumento puede traducir esos símbolos a sonidos. Pero puede hacerlo más o menos bien, según si es competente y la música en cuestión lo emociona, o sea, si la entiende emocionalmente. Del mismo modo, traducir correctamente un texto científico o técnico exige entenderlo. De modo, pues, que el buen traductor tiene que dominar el asunto y las dos lenguas en juego.

Pero, ¿cuántos editores entienden que, puesto que una buena traducción exige tanta competencia como comprensión y sensibilidad, merece ser bien retribuida? ¿Cuántos entienden que no habría que pagar las traducciones a destajo, porque el trabajo a destajo se hace demasiado ligero y, por lo tanto, mal? Aquí no se trata de maximizar la cantidad de páginas por día, sino de optimizar la fidelidad y respetar el estilo.

Al ver una mala traducción, solemos murmurar el viejo dicho **traduttore, tradittore**. De acuerdo, siempre que al ver una buena exclamemos **traduttore, embasciatore!**

De: 100 ideas (Sudamericana)



"Pero ¿cuántos editores entienden que, puesto que una buena traducción exige tanta competencia como comprensión y sensibilidad, merece ser bien retribuida?"

Mario Bunge

Nació en Buenos Aires en 1919. Se doctoró en ciencias físicomatemáticas, obtuvo quince doctorados honoris causa y pertenece a cuatro academias. Fundó la Universidad Obrera Argentina, la revista *Minerva*, la *Society for Exact philosophy* y la *Asociación Mexicana de epistemología*. Escribió más de quinientos artículos y cincuenta libros sobre ciencias y filosofía y muchos de ellos fueron traducidos a doce lenguas. Entre ellos se destacan: *Crisis y reconstrucción de la filosofía*; *Diccionario filosófico*; *La investigación científica*; *Ciencia, técnica y desarrollo*; *Buscando filosofía en las ciencias sociales*.